

Alejandro Llano Cifuentes

Profesor ordinario de Filosofía y ex rector de la Universidad de Navarra

Excelentísimo señor Presidente del Consejo Social, querido amigo, Fernando Redón, muchísimas gracias por invitarme a participar en esta sesión de trabajo y dentro de ella en esta mesa redonda donde me encuentro no sólo con compañeros en cercanía de los cuales trabajo, sino, sobre todo, con amigos.

Hace más de diez años, en 1987, Miguel Delibes dejó perdida en las páginas de su libro "Un mundo que agoniza" la siguiente frase: "Las humanidades sufren cada día una nueva humillación". Esta obra, "Un mundo que agoniza", trataba, sobre todo, de la destrucción del medio ambiente natural, tema muy típico de Delibes, pero el escritor castellano relacionaba íntimamente el deterioro ecológico con la erosión del entorno cultural. La conexión no es arbitraria. Un modo de pensar a la vez agresivo y conformista, olvidado de la serenidad y la quietud que suscita el cultivo de lo humano, tiende a atropellar la naturaleza y, a la corta, al habitar de las personas en ella. Pero este trasfondo cultural de los problemas de la sociedad tecnológica rara vez sale a la luz pública. Es demasiado hondo y delicado para ser objeto de las tertulias radiofónicas y televisivas, y no tiene el morbo suficiente para merecer

los titulares periodísticos que se dedican al equipo triunfador de la liga futbolística o a los turbios recovecos de la penúltima corrupción.

Las humanidades, la literatura, la historia, la filosofía, la teoría de la ciencia, el arte, han dejado de ser aquello de que se habla. Antes en los ambientes cultos, incluso en las tertulias, –tengo un amigo que acudía a las tertulias de Belmonte en Sevilla y ahí se hablaba en el fondo de temas humanísticos–, y en los salones de la Ilustración se hablaba de cultura. Hoy ya eso no lo hace casi nadie. Relatar los escapes de crudo de un barco petrolero en las costas de Alaska no deja lugar ni tiempo para comentar la práctica desaparición del griego o la filosofía en la enseñanza secundaria.

Los estudiantes españoles pueden hacer con ventaja el COU en Estados Unidos, pero a ninguno se le ocurre ir para tal menester a Alemania, Suiza o Austria por la fundamental razón de que no saben ni la décima parte del latín que su coetáneos centroeuropeos.

El nivel de la educación se deteriora. Como los *undergraduates* de muchas universidades norteamericanas, también las chicas y los chicos españoles empiezan a hacerse un lío con los siglos y hablar con los giros del inglés o el japonés mal traducido de las pantallas de sus *nintendos*. Otras consecuencias de más alto bordo, de tipo ético, por ejemplo, resultan demasiado notorias para que merezca la pena detenerse en ellas. Como de tantas maneras se ha dicho, la historia tiene también su *fatum*. Expulsadas por las puertas de los planes de estudios de la enseñanza media y universitaria en gran parte, las humanidades han vuelto a entrar por el hemicycleo del Parlamento español, aunque a los comentaristas sólo parece importarles que el Gobierno pierda o gane la votación y el semblante de la ministra al abandonar su escaño.

El caso es que las humanidades han sido uno de los tópicos más visitados del presente año político. Sin necesidad de ejercitar el oportunismo, la ocasión parece propicia para trascender la anécdota, cuyas implicaciones sociales y constitucionales no son por cierto leves, y pasar a la categoría, a plantearse seriamente en un foro universitario como éste, en el que la academia y el mundo social y económico se dan la mano, cuestiones tales como las que hoy puedan significar las humanidades, qué disciplinas se subsumen bajo esta denominación genérica, cuál es su relación con las ciencias humanas y las ciencias sociales, cómo se han de cultivar y de enseñar en el nivel universitario, cuál es el modo de engarzarlas con las nuevas tecnologías multimedia, –para lo cual tenemos aquí una autoridad en la materia, el profesor Echeverría–, cuáles son sus utilidades profesionales y sociales.

Me parece a mí que en un ámbito universitario como éste no se trata de realizar una especie de apología de las humanidades porque tal vez sería contraproducente y porque, quizá, no la merecemos algunos de sus presuntos cultivadores en la actualidad.

Se trata de afrontar el tema desde una perspectiva abierta y sin prejuicios, con una actitud culta, pero no arqueológica ni meramente erudita, y no olvidarse al mismo tiempo de la vertiente más práctica y, por así decirlo, escolar o pedagógica. ¿Cómo es posible introducir materias humanísticas en planes de estudios científicos-técnicos sobrecargados de créditos, es decir, de clases teóricas y prácticas con una ristra de exámenes detrás o delante?

La complejidad de la cuestión exige que el problema se aborde desde varios ángulos. Sin ánimo de ser complejo o exhaustivo, más bien con ánimo de ser breve, propongo que la presencia de las humanidades en la formación universitaria se aborde desde una cuádruple perspectiva. Uno, las humanidades como interpretación crítica de la realidad actual. Segundo, las humanidades como revitalización de la cultura. Tercero, las humanidades como reflexión sobre las grandes cuestiones personales y sociales. Cuarto, las humanidades como catalizadores de la creatividad.

Paso a decir un par de cosas sobre cada uno de estos puntos. Primero, las humanidades como interpretación crítica de la realidad actual. En el amplio vestíbulo de la Universidad Karl Marx del Berlín antes oriental figura en grandes letras la famosa tesis undécima sobre Feuerbach del propio Marx: "Los filósofos se han ocupado de comprender el mundo, ahora se trata de cambiarlo". Siglo y medio después podríamos tomar como lema la versión de esa tesis que le oí a un joven estudiante: "Ya hemos cambiado tanto el mundo que ahora se trata de saber de qué va la cosa". El notaba la necesidad completamente inversa, ¿de qué va la cosa?. O como más académicamente cabe preguntarse ¿qué hay de todo esto?. De las tres míticas Gorgonas, hay una, Estenografía, cuya mortal mirada sólo podían evitar los humanos cambiando continuamente de posición. A Medusa se la podía obviar de otra manera. Euríale era más mortífera, pero con Esteno había que ir cambiando continuamente de sitio para que no fijara la vista en ti. Hoy nadie puede, en el ámbito de la política, de los negocios, de la cultura incluso, permanecer mucho tiempo en el mismo lugar, aunque sólo sea porque ningún lugar sigue siendo el mismo durante mucho rato. Yo estoy aquí, con independencia de que mientras estás aquí, ese aquí ya no es el de antes.

El grado de contingencia social es tan alto que cualquier modo de pensamiento unívoco merece inmediatamente el calificativo de dogmático, se queda obsoleto enseguida. Esto no es una cosa de la que uno se pueda lamentar, no es una cosa que se pueda sencillamente querer cambiar porque eso sería un voluntarismo ya que tiene algo de históricamente necesario, casi de biológico. Por eso necesitamos formas de pensamiento y sensibilidad suficientemente radicales y abarcales como para poder hacerse cargo de la contingencia sin caer en el puro y simple relativismo oportunista. Hemos de aprender a interpretar críticamente la complejidad y a ser capaces de movernos continuamente en situaciones ambiguas.

Cualquier gran proyecto, y aquí en la Comunidad Foral lo tenemos, Itoiz, por ejemplo, no es simplemente un proyecto técnico. Los factores más importantes no

son técnicos: son ecológicos, son políticos, son jurídicos... Y todo eso lo tienen que tener en cuenta tanto los políticos y sociólogos, como los técnicos y hombres de empresa. Esta versatilidad inédita hasta ahora de pensamiento y de acción, sólo puede lograrse desde perspectivas sistémicas muy amplias, finas y rigurosas. Para unificar interdisciplinariamente las materias que concurren en los diversos problemas necesitamos espacios epistemológicos inalcanzables sin un cierto cultivo común de filosofía, de teoría de la ciencia, historia de la ciencia, de sociología del conocimiento, de teoría cognitiva, por lo menos. La crítica adquiere así un sentido más amplio y menos ideologizado que el que ha presentado frecuentemente entre nosotros. Ni en su etimología griega, ni en su uso en otras lenguas modernas tiene el término crítica una carga semántica tan negativa y destructiva como entre nosotros.

Crítica es discernimiento, criba, análisis, valoración, criterio, en definitiva, un modo no acartonado y estólido de pensar, un modo capaz de ir y venir, descomponer y recomponer, y ver las posibles soluciones combinatorias a problemas altamente complejos. Sólo así la enseñanza universitaria podrá cumplir la tarea de pensar el propio tiempo que le asignara Hegel a la filosofía en particular, y a la cultura general, y formar titulados que sepan circular por la red del conocimiento sin especialismos crispados, ni corporativismos totalmente desfasados, que a mí me parecen lamentables. El campo del saber no es de nadie. El saber de todos, como el aire puro... "Pero tu cátedra..." Mi cátedra es una circunstancia sumamente adjetiva de mi vida: soy una persona humana que trata de ampliar su conocimiento.

Segundo, las humanidades como revitalización de la cultura. Quizá una de las mejores definiciones de la institución universitaria sea la de convivencia culta. La universidad es, sobre todo, convivencia culta. La cultura, viene también de un término agrícola, es cultivo, en términos hegelianos es tanto espíritu objetivo, construcción de una civilización, como espíritu subjetivo, formación de la personalidad, formación de la concepción del mundo, dirá después Dilthey.

Pero ahora me quiero referir a un sentido más estricto y polémico, como es el de alta cultura o cultura clásica, distinguida de la que podemos llamar cultura popular.

No soy puritano, pero aquí me atrevo a hablar de alta cultura o cultura clásica. Nuestra civilización dispone de un tesoro de intuiciones, tradiciones, discursos, relatos, ficciones, figuraciones plásticas, normas y sentimientos. –Octavio Paz sería un resumen de todo ello–, sin los cuales no se sabe vivir o no se es capaz de vivir con intensidad, que es lo que en definitiva buscan las humanidades, una vida intensa, una vida que suponga un logro y que de alguna manera deje una huella. Es muy difícil pensar en una vida lograda en la que no juegue un papel decisivo la lectura, por ejemplo, magníficamente tratada por Pedro Salinas, en su libro "El Defensor". La lectura, el disfrute del arte o la capacidad de diálogo con una fuerte capacidad retórica, ¿por qué no?

Según dice Leo Strauss, cabeza de fila de toda una línea de filósofos de la política norteamericana: "lo clásico, la cultura clásica, se caracteriza por su noble sim-

plicidad y su grandeza serena. Es una óptica –añade– que contempla la realidad humana en un plano de proximidad y viveza que rara vez se vuelve a repetir”. Los antiguos griegos, los romanos, tuvieron una percepción de la realidad que estaban ellos mismos haciendo, de las instituciones nacientes o en su primera decadencia, que tenía un grado de viveza que nosotros jamás podemos alcanzar si no es de algún modo conectando con esas primeras intuiciones, sin quedarse en ellas, pero cogiendo de ellas la sabia originaria. “Es –dice Leo Strauss– una visión tan libre de la radical estrechez del jurista –lo dice él, y también habla aquí de los visionarios, entre los cuales me sentiría yo profesionalmente incurso– como de la brutalidad del técnico, las extravagancias del visionario o las vulgaridades del oportunista”.

Es preciso revitalizar, rescatar esta cultura clásica, especialmente, pero no exclusivamente, la griega y la latina. Esa polémica es muy larga. Por qué estudiar latín y griego si son lenguas muertas, etcétera Y es que nos dan esa capacidad de ver una cultura que ya no cambia, distinta, diferenciada de otras culturas que han ido cambiando. El estudio de la cultura griega nos proporciona una gran capacidad de autorrelativizar nuestra propia cultura. Además, permite realmente acceder a los lugares comunes, en el buen sentido de la palabra, a los *topoi* de nuestra cultura. Yo explico grandes textos a mis estudiantes, pero resulta que no han leído a los clásicos griegos, no han leído la Biblia, no han leído la Divina Comedia..., qué van a entender de una poesía de Eliot, si en cada línea hay dos o tres implícitos. No hay que ser un especialista para entenderlos, pero si no sabes lo mínimo de estas grandes creaciones culturales clásicas no entiendes nada.

Es preciso rescatar esta cultura clásica de su petrificación arqueológica, de su lejanía, de su carácter extraño para el inmaduro o el inculto, porque muchas veces la hemos hecho aburrida u odiosa. Esto sólo se puede lograr con el contacto directo con las fuentes.

¿Cómo lograr que nuestros estudiantes no terminen sus carreras sin haber leído algún diálogo de Platón, “La Eneida” de Virgilio, o las “Confesiones” de San Agustín, la “Comedia” de Dante, “El Quijote”, algunos dramas de Shakespeare, los “Principia Mathematica” de Newton, las novelas de las hermanas Bronte, “La democracia en América” de Tocqueville, “El Manifiesto Comunista” de Marx, “El extranjero” de Camus, o, por ir más cerca, “El Danubio” de Magris, y obras científicas. Adquirir, como pedía Ortega en “Misión de la Universidad”, una cultura básica de lo que es la nueva física, de lo que es la nueva biología, (continuamente nos están hablando de clonación, y uno sabe cuatro tonterías sobre cuestiones muy decisivas y que además están incidiendo en la vida diaria de las personas).

El que ha leído alguno de estos libros, (yo mismo no los he leído todos) y otros muchos de semejante nivel, probablemente consiga una comprensión de lo humano que nunca le proporcionarán, como dice Fukuyama, los *cookbooks* sobre la excelencia, literatura precocinada para ejecutivos. Yo he leído algunos, hay que leer uno o dos en la vida, nada más porque si no puede uno llegar a creérselo. Una persona

que comprenda serena y equilibradamente a la sociedad y al mundo es útil para todo. Aquí se ha dicho de diversas maneras ya, y me parece que es una idea clave. Es tal la versatilidad, la contingencia que hace falta que haya libertad de lo bien arraigado o no, esa capacidad de situarse ante Estenografía en diversas posiciones. Machado: “¿Dónde está la utilidad de nuestras utilidades? Volvamos a la verdad, vanidad de vanidades.

En tercer lugar, las humanidades como reflexión sobre las grandes cuestiones personales y sociales. Ya hace años, y ha sido tantas veces citado, que en la revista *Time* apareció la famosa frase “Nunca hemos corrido tan deprisa hacia ninguna parte”. Hay un chiste de Forges en el que se veía una gran cola de gente, y de tanto en tanto una torre de vigilancia y uno le decía a otro: “Daría un brazo por saber a dónde vamos”. Y el de la torre dice: “¿Qué...?”, “No, si era hablar por hablar”. Es una alegoría bastante clara, uno puede decir una serie de cosas, pero hay otras que no puede decir. Yo siempre pienso, para decirlo polémicamente, en la guerra del Golfo. Estaba yo en Estados Unidos en ese momento, uno podía hacer todo, pero preguntar “para qué...”, no. Se podía preguntar el “para qué...” oficial, pero no el “para qué...” real, que todo el mundo sabía que era otro. No hay que preguntar demasiado, según tal versión.

Desde entonces, desde que *Time* hace quince o veinte años puso en boca de alguien esta frase, la precipitación y la superficialidad no han hecho, al menos aparentemente, sino aumentar. También ha habido medios, de los que seguramente nos hablará el profesor Echeverría con toda la competencia, que suscitan una especie de compensación.

Ciertamente, no es misión de la Universidad el solucionar el problema de la vida. Hay estudiantes, que en tercero y cuarto te dicen que han venido aquí a buscar algo y no han encontrado nada. “¿Tú qué venías a buscar?”. “Yo venía a solucionar el problema de mi vida”, “Pues te has equivocado de sitio, la universidad no es el lugar, búscate otro”. Entre otras cosas porque, quizá, como decía el propio Wittgenstein, de quien es la expresión que tomo del “problema de la vida”, quizá no exista tal problema, y la vida tenga muchos problemas, o ese problema no tenga solución terrenal, no haya quien lo arregle. Hay problemas que no tienen solución, y ese es un primer paso en el camino de la sabiduría, según dicen algunos.

Hasta hace bien poco los universitarios, los mejores de ellos, eran jóvenes que malgastaban gran parte de su tiempo en discutir de política, de arte, de religión, del amor y del odio, del tiempo y del espacio, de la paz y de la guerra. Todos tenemos, quizá, idealizado ese tiempo del aprendizaje y de peregrinación, como los románticos, en los cuales hemos gastado tiempo... Cuando estaba en Madrid lo hacía yo yendo a casa de unos amigos en Cerecedilla, y lo importante era hablar: allá arreglábamos el país, arreglábamos el mundo... Por cierto, si les dijera la lista de nombres de los que íbamos allí, verían que el único desconocido soy yo, todos los demás han hecho cosas notables.

¿Qué tiene detrás esos grandes conceptos de nuestra cultura a los que aludía antes, y de muchas otras culturas, de paz de guerra, de amor, de odio...? “No lo sé”, “no lo entiendo”, “no me interesa”, “no estoy para nada”, “tengo un examen el jueves”... podrían ser respuestas que no nos extrañaría escuchar... o quizá nos extrañaría escuchar otras, si tuviéramos tiempo y ganas de hablar calmadamente con nuestros alumnos, y ellos también lo tuvieran, de algo distinto de las correspondientes asignaturas. Porque en el fondo todos llevamos el alma en el armario.

Las grandes cuestiones ya no tienen apenas lugar en nuestras azacanadas universidades. ¿Cómo podrán, por ejemplo, adquirir nuestros jóvenes estudiantes o estudiosos una formación ética y cívica que les permita enfrentarse sin corromperse ni despistarse en el empeño con los acuciantes dilemas morales y humanos de nuestro tiempo?, ¿qué bagaje ético llevan o llevamos con nosotros? Quizá los de la generación del 68 nos pasamos en su momento de narcisistas, de pedantes y, sobre todo, de inconsecuentes. En gran parte es una generación fracasada, pero en gran parte también, y en este país se puede decir, es una generación que ha cumplido un papel bastante notorio.

Desde entonces han pasado treinta años durante los cuales parece que las grandes cuestiones, sin ir más allá la de la justicia social, que entonces era la cuestión inicial, permanecen tan ocultas a los profesores como a los alumnos. A veces nos movemos en campos en que no aparecen las grandes cuestiones de la vida y de la muerte, que son de las que hablan las humanidades. Cualquier gran obra literaria, filosófica... habla del sueño y de la vigilia, habla de la belleza y del dolor... Decía mi profesor en Alemania: “Todos los filósofos se hacen las mismas preguntas y todos dan las mismas respuestas”. Esto es un poco exagerado, sobre todo lo segundo, pero bien es verdad que todos los grandes pensadores y artistas se han hecho las mismas preguntas que hoy tenemos planteadas, con modificaciones, matices y el trato con esas cuestiones le hace a uno crecer por dentro.

Claro que, seguramente, estos asuntos de fondo no se resuelven sólo a través de clases teóricas convencionales, sino que remiten a una tierra fértil, a un ambiente de diálogo abierto, a unas actividades complementarias de altura, a un ejercicio no constreñido de la libertad intelectual. En ese sentido, creo yo que al plantearse, como ustedes hacen tan oportunamente, la cuestión de la formación humanística en la Universidad hay que dar una importancia de primera fila, de primer rango a todo este mundo académico y no exclusivamente escolar, a todo el mundo de la cultura, del estudio de cuestiones generales, a esos grupos que siempre hay, a veces ocultos porque no se atreven a asomar la cabeza, que realmente lo que querrían es estudiar literatura de alguna época o de algún siglo, cine de los primeros tiempos, cuestiones inútiles, digamos. A esas personas, aunque sean cuatro, aunque sean cinco, aunque sean seis, hay que apoyarlas.

Creo que no hay que tratar, y también esto puede sonar elitista, pero es mi experiencia, no hay que intentar hacer todo con todos porque hay mucha gente que

no quiere hacerlo y no se les va a forzar. A veces a base de estructurar tanto este tipo de cuestiones llegamos a matarlas y hacerlas inviables económicamente. Cuando hay que buscar más en esos focos de personas que luego ejercer una especie de liderazgo cultural entre sus compañeros, gentes de fuera de la Universidad también. Porque ésa es otra, la Universidad es una aula abierta, y por tanto hay que dar cabida a otras muchas gentes que no están en la Universidad.

Por último, las humanidades como catalizadores de la creatividad. Si Max Weber pudiera levantarse de su tumba, que por cierto es bastante difícil de localizar en Munich, y darse un paseo por algunas Universidades europeas, creo que enseguida le vendría a la mente su célebre expresión “rutinización del carisma”. ¿Qué es lo que diferencia a un funcionario de la enseñanza de un maestro?, ¿qué es lo que convierte a un estudiante gregario en un inquieto buscador del saber? La creatividad es lo que hace la diferencia, el afán del conocimiento nuevo, el ejercicio de la inteligencia como capacidad de salirse de los supuestos, quien ante un problema lo primero que hace es examinar si los términos del problema están bien planteados, o si la línea de solución no viene precisamente por el cambio del enfoque inicial—, el impulso por superar las condiciones de partida.

Para acercarnos a este ideal la investigación es el factor imprescindible, pero lo que diferencia a la actividad investigadora de la Universidad de la llevada a cabo en los institutos especializados ha de ser su conexión con la enseñanza. Es una necesidad ya para todas las Universidades, que como decía el Presidente del Consejo, quieran estar en la cabeza, hacer investigación de punta, que es difícil, es cara y requiere muchos medios humanos y materiales. Eso hay que hacerlo porque tira de todo lo demás. Se suele decir que en España falta una especie de eslabón de la cadena. Falta el paso de la investigación al desarrollo, y por eso nos luce poco la investigación. Y en la Universidad también, junto con esa investigación de punta tiene que estar la conexión de la investigación con la enseñanza. Que la enseñanza esté siempre renovándose, mirando con el rabillo del ojo a la investigación, ¿qué tipo de cosas se están haciendo?, para, sin que la gente se pierda en la anécdota de la última Dolly, sepa por dónde van los tiros.

Además, los equipos de investigación más eficaces son aquellos que reúnen a profesores con experiencia, que saben qué vías en principio son prometedoras, con gente muy joven que tiene imaginación, entusiasmo, y capacidad de trabajar duramente. En eso empiezan ya a entrar los estudiantes de los últimos cursos y los estudiantes del tercer ciclo, y hay que lograr esa simbiosis de estudiantes y estudiosos para dar a toda la Universidad un sentido de investigación, porque en el fondo la enseñanza también es investigación. Hay que hacer pensar a la gente, tenemos que pensar los profesores, ir avanzando el conocimiento. La sociedad del conocimiento no sólo significa que todos tengan acceso a un conocimiento convencional, sino que todos de alguna manera estén tratando de aumentar su conocimiento, de generar conocimiento nuevo.

La clave de una enseñanza de calidad, repito, es la conexión entre investigación y enseñanza, conexión que no constituye hoy un ideal inalcanzable, porque los equipos de investigación más eficaces son aquellos que aunan a indagadores maduros con jóvenes que se inician en las pesquisas científicas.

¿Qué aportan las humanidades a una investigación cuyo núcleo parece ser el científico-técnico? Yo diría que el sueño, la capacidad de soñar, la ilusión, el entusiasmo por el saber nuevo y esta capacidad sistémica, lo que los alemanes de finales del XVIII y comienzos del XIX, los grandes ilustrados y románticos llamarían imaginación trascendental, es decir, la capacidad de forjar esquemas conceptuales, inventados y reales. El otro día decía la prensa, no sé si competentemente, que algunos efectos de la teoría de la relatividad de Einstein se estaban comprobando ahora. El propio Plank murió creyendo que la teoría de los quanta no funcionaba. Eso es imaginación trascendental, eso es capacidad de configurar un mundo a priori y tratar de ver si se cumple a posteriori y funciona aquello. Esa imaginación creadora a veces, curiosamente, es más frecuente en los pueblos más atrasados, o en los pueblos menos mimados. Es sabido que la calidad de la enseñanza en Estados Unidos está sobre todo en los masters y en los doctorados, y que en las ramas técnicas y científicas en muchos de estos programas no hay casi estadounidenses, sino que la mayoría son orientales: matemáticos indios, japoneses, chinos, hispanos, porque tienen más imaginación, se les ocurren muchas más cosas y saben más matemáticas. Muchas veces el escolar americano medio no tiene el nivel imprescindible para hacer una carrera, el graduado sabe muy poco y no puede ir a los doctorados y programas de su propia universidad, que tiene que admitir a extranjeros.

Es como una especie de efervescencia que no se consigue, o se logra de manera mediocre, con objetivos exclusivamente pragmáticos. Para saltarse un obstáculo alto hay que tomar carrerilla y creo que las humanidades en gran parte es esa toma de carrerilla. Uno parece que va corriendo en dirección contraria y le pueden decir: "oye que el obstáculo está allí", "no, un momento, yo cojo carrerilla y me lo salto". En cambio, el que se pega a la barra de salto no salta nada. Eso pasa. Creo que estamos en unos ambientes intelectuales a veces demasiado inmediatistas, le piden a uno resultados a corto plazo y no hay el sosiego suficiente para pensar las cosas, para hablar, para leer, para intercambiar preguntas y problemas a solucionar con otros colegas o con gentes de otras disciplinas.

Quien ha leído el "Fausto" de Goethe, "La lógica de la investigación científica" de Popper o el "Todo y la parte" traducidos al castellano como "Diálogos de física atómica", es más difícil que acabe por ser un agente rutinario que, quizá, acabará siendo sustituido por una máquina.

Para conseguir un ambiente de innovación, de creatividad, de inconformismo, no es conveniente, y ojalá que tampoco sea necesario, que los rectores y demás responsables académicos representen el chiste de Forges, esta vez más reciente. Se ve a un señor vestido de mendigo en un semáforo: "Deme una limosnita para investi-

gación que soy un rector magnífico” Lo de magnífico era cuando los rectores eran magníficos. Ahora el rector es un pobre hombre que va pidiendo el poco dinero que hace falta muchas veces para la investigación. En el caso de las humanidades, afortunadamente, casi hace sólo falta papel y lápiz y las obras completas de los autores, que es un poquito más caro.

En general, y por pasar como sobre ascuas sobre este aspecto económico, un amigo mío de Oxford, cínico por tanto, decía: “Las humanidades son tan interesantes que te compensan del poquísimo dinero que ganas con ellas”. Hay algo más profundo que la financiación, la búsqueda de la verdad que constituye el motor de toda la vida de la universitaria.

Ahora sí que termino. La presencia de las humanidades en la formación universitaria es tan imprescindible como urgente si no queremos que nuestras Universidades se deslicen hacia lo que se ha llamado en algún momento institutos de tercera enseñanza. Obviamente, me estoy refiriendo a todos los estudiantes, no sólo a los de carreras humanísticas. Porque las humanidades lo que hacen es dar hondura, perspectivas o ampliación de horizontes a las personas. Sólo unos pocos nos dedicamos, por manía o por pereza, a las humanidades y porque nos compensa, ganamos poco dinero, pero leemos más libros, nos divierte más y nos gusta más.

Como la aplicación práctica de las ideas no constituye la principal fortaleza de esos humanistas puros que decía nuestro moderador, —yo tenía aquí puesto humanistas exagerados o hiperbólicos, que somos los profesores de filosofía—, me atrevo a hacer sólo una elemental propuesta, que aquí también ha sido hecha ya: que nos tomemos en serio las materias de libre elección o de libre configuración, porque me parece que en los nuevos planes de estudios, tan polémicos por otros motivos, esas materias pueden proporcionar un complemento muy interesante a técnicos y científicos.

La experiencia que tengo es que esas materias, como aquí me parece que ha insinuado el Rector, tienen que estar preparadas: ofrecer Literatura o Historia, de manera que no resulte de entrada tan extraño para aquellas personas que de entrada no conecten. Durante mucho tiempo he explicado filosofía del lenguaje, que era una asignatura que podían elegir los de filología, que tampoco están tan lejos, y yo explicaba de tal manera la filosofía del lenguaje para filósofos, que los de filología no entendía nada. Y yo no sabía explicarlo de otra manera. Pues hay que buscar otra persona.

Después está todo el problema de los horarios, que no es menor: cómo se introduce una asignatura en un determinado tiempo y lugar para que sea realmente accesible a todos los estudiantes que lo deseen.

Y que encontremos caminos viables para que los ingenieros puedan estudiar algo de literatura, y los juristas iniciarse en la actual biología molecular y, por supuesto, los estudiantes de humanidades hacerse cargo de otros muchos problemas que hoy en día no consideran. A ver si entre todos conseguimos que la universidad es-

pañola no sea esa cosa triste, inerte, opaca, casi sin vida a la que se refirió Ortega, que saque de sí misma, como proponía Karl Jaspers, esa fuerza espiritual básica sin la cual son inútiles todas las reformas de la Universidad.